

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 El Padre Eterno**
- Jean Pierre Batut* **7 Dios Padre Todopoderoso**
- Michael Figura* **24 Omnipotencia de Dios y dolor hoy**
- Alberto Espezel Berro* **39 El Rol del padre en la Redención**
- Florian Pitschl* **47 Reflexiones sobre la crisis del padre en la cultura contemporánea**
- Ferdinand Ulrich* **54 Dios Nuestro Padre**
- Josef Sudbrack* **60 Paternidad espiritual. Maternidad espiritual**
- Henri de Lubac* **65 Asentimiento al Ser y conversión**
- Carlos Schickendantz* **84 Modernidad, humanismo y religión. Cómo hablar de Dios hoy.**

Asentimiento al Ser y Conversión

Meditación sobre el principio de la vida moral

*por Henri de Lubac **

Agradecemos a ls editorial Beauchesne, 7 cite du Cardinal Lemoine, 75005 Paris, que nos ha autorizado a reproducir este artículo del Padre Henri de Lubac aparecido en la revista apologética, tomo LXV, n 624, octubre de 1937.

I Esencialmente, lo que importa ver para reconocer a nuestra vocación divina toda su grandeza, junto con toda su fuerza imperativa y su urgencia, es que, aun cuando el llamado suene en cada alma con un matiz diferente y de modo singular, no se trata, sin embargo de un llamado particular. En sí mismo, no se presenta como una obligación especial, añadida, equiparable a tantas otras. No es un deber nuevo que, en algún momento de la existencia, viene a insertarse a continuación de esos deberes por los que se define nuestra vocación humana.

Si nos expresáramos en el lenguaje teológico de hoy, diríamos que la obligación hacia lo "sobrenatural", precisamente porque es imposible medirla con cualquier otra - estando lo sobrenatural infinitamente por encima no sólo del hombre sino de toda naturaleza conce-

bible - es para nosotros la obligación fundamental. Inscripta en lo más profundo del hombre real que es cada uno de nosotros, es la ley de nuestra condición concreta. Sin duda que no determina desde el principio, con indicaciones objetivas, la totalidad de sus exigencias, ni la percepción neta de su término - del mismo modo que la naturaleza misma no es conocida según la totalidad de su ser. Deja lugar, entonces, tanto en el curso de cada vida individual como en el curso del desarrollo de la humanidad, a todo progreso, a toda "invención", así como a toda inspiración y a la misma revelación (1). Concebimos, incluso, que permanezca siempre anónima, desapercibida en su propio hogar, hasta en la vida de los cristianos auténticos. Pero, precisamente, en todo detalle de la vida moral, incluso en el deber comprendido de la manera más rudimentaria o más humilde, es ella la que se hace sentir imperiosamente, - como según la teoría tomista es el alma la que asegura en el organismo humano las más elementales funciones de la vida vegetativa -. Es ella la que desde el despertar de las conciencias, secretamente dirige todas las conductas gracias a las cuales este deber va a purificarse, ampliarse, profundizarse, en su objeto y en su forma. Es ella la que asegura, bajo las mas diversas apariencias, y a través de las fases mas dispares, la unidad de la vida moral; en fin, es ella quien, arrebatándola a la vida animal y elevándola desde el principio por encima de sí misma, forma a la humanidad esperando divinizarla.

Pero a medida que esta obligación actúa en el hombre, normalmente su esencia escondida se revela. A medida que devela su ideal, mostrándolo a la vez más alto y más exigente, pierde el aspecto que había debido revestir al comienzo para una primera aproximación al animal humano; un aspecto de obligación exterior y brutal, un aspecto de código positivo que impone o prohíbe ciertas acciones materiales, un aspecto de ley amenazante con sanciones arbitrarias. Se vuelve más exigente cuanto más íntimo. Pero la obediencia que reclama toma cada vez más la forma de un asentimiento (3). Entonces descubre su verdadero carácter, manifestándose como una atracción, la atracción del Supremo Bien. Después, la última etapa - una más íntima, más personal - la atracción del Amor Supremo: *Dilexi Te*. Vocación personal en el seno de la gran vocación común, llamado creador de un Amor personal. Bajo el orden impuesto por la Ley, se percibe el rostro del Dios vivo que busca a su creatura y, habiéndola hecho a su imagen, la invita a asemejarsele. Y de más en más en la dulzura - a veces terrible- de tal revelación, se comprende que no es suficiente ya

que la obediencia sea sólo un asentimiento, sino que este asentimiento debe ser una respuesta de amor. Debe ser un don, el don de sí mismo; y este don, cuanto más desgarrador sea, se convierte en mayor fuente de gozo; cuanto más total, más exalta la vida personal de quien se dona, divinizándolo y eternizándolo.

Estas son las principales etapas, a partir del momento ideal en el que él hace germinar la conciencia, la evolución de ese nîsus sagrado que impulsa a la creación entera a volver para siempre, sólida y estable, al seno de la Santísima Trinidad: *solidabor in Te, Deus meus*. Todo, en el universo, procede de su impulso. De hecho, todo se explica a partir de ese Querer divino, cuya Libertad soberana se presenta a nosotros primero en esencias; todo se tambalea en virtud de este Llamado y de este Don, de esta pura Gratuidad, que se traducen primero para nosotros en necesidad y en exigencia.

II Dios es Amor. Estas tres palabras del Apóstol Juan, tantas veces comentadas por la Tradición cristiana (4), como acabamos de ver, no dan cuenta simplemente de la realidad toda de las cosas. Al mismo tiempo que nos explican nuestro destino, nos revelan el principio capaz de fundamentar racionalmente la vida moral, librándonos a la vez de la pura *obligación* del deber kantiano, y del puro hecho que traduce el famoso "estamos todos embarcados" de Pascal.

Porque, hay que confesarlo, el primer despertar es duro: si no el de la conciencia, en su espontánea ingenuidad, sí, al menos, el de la reflexión. Embarcados, - sin haberlo querido, ni haberlo sabido - bogamos hacia un destino que nos impone mil maniobras penosas o arriesgadas. Y este destino - paradójicamente, el más serio de todos, el que una vez planteado provoca el problema más grave - es de una exigencia inflexible. Pretende quitarnos hasta el derecho de renunciar a alcanzarlo, condena hasta el impotente deseo que pudiéramos formular en secreto de volver al punto de partida!

Para hablar sin metáforas, nos encontramos al partir ante el hecho, impuesto, de nuestra existencia, y de nuestra existencia en marcha. Nos topamos con la obligación de someternos a la ley moral. Ciertamente, no cabe más que aceptarlos, uno y otra, tal como son. Pero esta aceptación, aún totalmente exterior, no puede más que ser provisoria, y, en cierta forma, a beneficio de inventario. En efecto, si no fueran más tarde justificados, comprendidos, y de hecho, interior-

rizados, este hecho y esta obligación inapelable serían para nosotros no solamente una herida - cosa que siguen siéndolo, irremediablemente, hasta que el triunfo de la Vida sea completo - sino hasta una violencia, y un escándalo. Ahora bien, la idea misma de una hipótesis tal resulta intolerable. Sería, verdaderamente, orgullo reaccionar contra el hecho que se impone, con el pretexto de que nacimos sin haberlo sabido ni querido, o rebelarse contra el deber porque uno no lo siente acorde para nada con sus propias aspiraciones. Pero la conciencia no podría abdicar aunque no fuera, aparentemente, más que para someterse mejor. Ni la inteligencia, ni la voluntad tienen derecho, ni siquiera poder físico de padecer violencia. Si su necesidad de aprobar, a fin de cuentas, no hubiera de ser satisfecha, tendríamos entonces derecho de rebelarnos. Mas, osemos esta aparente blasfemia, que no apunta mas que a un ídolo: deberíamos maldecir a Dios (5).

Para eximirnos de obedecer, dice certeramente Santo Tomás, tendríamos que "poder excusarnos de ser"(6). La necesidad ontológica, esta radical dependencia presente en toda creatura libre en el principio de la obligación moral, no podría manifestarse con una fórmula más enérgica. Pero todo el problema no queda resuelto con esto. Precisamente, el carácter moral de la obligación no está todavía explicado. Porque si yo no consiento en ser, si el ser no se impone a mí sino por la fuerza, ¿no bastaría con obedecer también a la fuerza, y que mi sumisión fuera, encima, consentida? Estoy embarcado en el océano de la vida: pero es necesario que yo consienta con esta situación. Estoy arraigado en el suelo del ser: pero este enraizamiento debo transformarlo en un asentimiento amoroso y libre. Proceso puramente interior, *fiat* sólo mío, que ninguna necesidad puede forzar. Ahora bien, hasta aquí, no esta demás confesar la persistencia de un íntimo malestar; no sólo no estoy contento conmigo mismo, sino que tampoco he comenzado a contentar a Dios. No le he rendido el único homenaje digno de El, y de mí. No he hecho más que doblegarme bajo el yugo. Este homenaje no será posible más que si la reflexión me hace descubrir en mí, bajo la apariencia de la servidumbre, mediadora entre la necesidad pura y la libertad propiamente dicha, un consentimiento natural - y tal es sin duda, en el fondo, el sentido pleno de la concisa fórmula de Santo Tomás - un primer asentimiento brota del mismo ser al que, sea como sea, el único cometido de mi libre albedrío será el de ratificar. En síntesis, toda mi vida moral depende de esta condición: que el Ser que me hace ser no aparezca como un tirano; que en

mí algo responda a su llamado, o más aún, que este llamado venga de esa profunda región que es más mía que yo mismo; en otras palabras: que ante el Maestro absoluto discierna yo, o al menos adivine oscu- ramente al puro Amor(7).

En este caso, ahora lo comprendo, la rebeldía sería ante todo, una rebelión contra mí mismo, a pesar de lo que grita mi carne y mi sangre, a pesar de los halagos de la experiencia ilusoria. Con esta re- belión me condenaría a algo peor que la muerte: al más íntimo, a la más cruel desgarradura, a los abismos sin fin de una muerte incesan- te ya que imposible. ¿Cómo rechazar a Dios sin vaciarme, por decir- lo así, de mí mismo? *Deus, interior intimo meo*. La "emancipación" se- ría lo contrario de la liberación, porque el servicio es lo contrario de la esclavitud. *Servire Deo, regnare* (8).

III Hay, sin embargo, una cuestión que persiste. Estableciendo la *condición general de la moral*, se la ha vuelto posible en general. No se la ha mostrado aún como concretamente realizable. Falta entonces determinar el hecho primitivo que constituya para la reflexión, de al- gún modo, como incentivo.

Nacer a la vida reflexiva con una ratificación, al menos provi- soria, del ser y de nuestra propia vida; iniciar el proceso de la vida moral con un acto de humilde sumisión hacia exigencias cuya santi- dad no nos inspira todavía mayor respeto; es, ciertamente, razona- ble, y la actitud opuesta no podría justificarse de ningún modo. ¿Con qué derecho osaríamos afirmar que, naturalmente, antes de realizar cualquier esfuerzo de pensamiento o de vida, estamos en un plano de igualdad con la Verdad, y por tanto capacitados para juzgarlo to- do en la barra de nuestra tribuna individual? ¿No resulta, por el con- trario, más natural pensar que si "hay problemas en la discusión de los cuales no nos conviene entrar", éste, que nos compromete tan ín- tegramente, forma parte de ellos? Por otra parte, todo nos lleva a dar crédito al ser... Pero lo que más contribuye a comprometernos, al prin- cipio, en esta actitud de humilde confianza, a pesar de la noche y del malestar, lo que nos la *ordena*, quitándole toda apariencia de benévo- lo beneplácito, es, más allá de las razones razonables, una cierta evi- dencia íntima, evidencia que no resulta, quizás, fácil de discernir con claridad, pero una vez percibida no puede ser ignorada.

Si somos capaces de penetrar dentro de nosotros mismos, en- contramos, tan antiguo como nuestro ser, tan profundo como nues-

tras más profundas raíces, cierto desorden de una cualidad particular, del que comprendemos en seguida que no debemos buscar al autor fuera de nosotros mismos (9). Sentimos, en forma personal aún antes de todo compromiso particular, que, en lo más secreto de nuestro querer, no somos lo que sentimos que deberíamos ser. En síntesis, hay en nosotros un mal, un mal que no es nosotros puesto que podemos juzgarlo como tal, pero que es nuestro, - y que está en el origen de nuestra condición abatida. Hay en el fondo de nosotros una desinteligencia, que nos impide sentirnos de acuerdo con las exigencias del deber-ser. División secreta del ser, de la que somos secretamente cómplices. Rechacemos esta complicidad, apartemos esas tinieblas, comencemos a restablecer en nosotros la armonía; sólo entonces tendremos derecho a exigir la claridad, y no aceptar nada que quisiera imponérsenos en contra de nuestra razón o simplemente sin nuestro expreso consentimiento. No es este propósito para llevar acabo en un solo día. Esta tentativa inicial no terminará sino con la muerte. Pero desde que la hayamos esbozado, quizás veamos ya despuntar el alba, y el sentimiento del estado de libertad perfecta nos sea dado(10).

En cuanto a la miseria de la que nos quejamos, ¿no deberíamos quejarnos antes de nosotros mismos? ¿Reconocerla no es acaso nuestro primer deber? Más sutilmente mortificante que los otros, no puede sin embargo aparecernos como una molestia. Ésta, al menos, nosotros nos la imponemos a plena luz (11). Ahora bien, ésta implica toda la serie de los otros deberes. Desde el principio, la noche está atravesada por un pequeño punto luminoso, forma primera de esta *scintilla cordis* que nuestras tinieblas no extinguen nunca del todo. Sabemos que hay un mal en nosotros, que es nuestro: es la luz en pleno misterio. Y tampoco estamos totalmente curvados bajo el peso del yugo; el deber de librarnos de este mal una vez reconocido, somos nosotros mismos quienes nos lo imponemos. El resto vendrá después. ¿Será ésta nuestra satisfacción definitiva? Es demasiado pronto para decirlo, aunque la experiencia del prójimo bien pueda hacernos presentir la respuesta, ¿qué hombre, que haya tenido confianza en el ser y se haya entregado al deber, lo ha lamentado jamás? En todo caso, si es tan poco posible como deseable suprimir, al principio de la vida moral, ese análogo del riesgo indispensable a su manifestación, al menos así no habrá habido ningún círculo vicioso.

Siendo Dios caridad, es decir generosidad pura, no se lo descubre verdaderamente como Dios del alma más que por un acto, al

menos esbozado, de generosidad. El Padre Laberthonnière insistía, con mucha razón, en un punto tan esencial; simple aplicación, por otra parte, del viejo principio de que lo semejante es conocido por lo semejante. El ojo, decían los Ancianos, no se abriría a la luz si no fuera él mismo luminoso. *In lumine tuo videbimus lumen*. ¿Pero, hubiera podido preguntar un espíritu exigente, este emprendimiento al que usted me invita, quién me convencerá de realizarlo, puesto que ignoro en principio, por hipótesis, si ese Dios de generosidad existe, o si el Príncipe del Universo es ciego, o maligno? En realidad, el acto de generosidad - que precisamente sólo es necesario como actividad inicial porque las tinieblas interiores nos ocultan el Rostro divino - está precedido, preparado, sugerido por un acto de sinceridad. No se trata de un salto en la noche. No hay apuesta. La razón más exigente no encontrará nada que decir. Quien no quiera comprometerse en el camino de la salvación, no tiene más que rechazar el penetrar en sí mismo, o mentirse a sí mismo, rehusando inclinarse, no ante las fuerzas todavía desconocidas que lo agobian por todas partes - en rigor no podría - sino ante sí mismo, ante sus propios ojos, y su propio testimonio. No le queda más que proclamarse justo. Pero esto no revela ninguna lógica.

La conciencia, como se ha dicho, se despierta con el pecado. Al menos podemos decir con más certeza que, cuando reflexiona, reconoce en sí la conciencia de pecado(12). ¡Feliz coincidencia, feliz vergüenza! Dios, que no saca solamente algunos bienes de los males, sino que, por un poder más admirable que el mismo poder creador, del Mal saca el Bien, nos redime así. Verdaderamente éste es el más paradójal ejemplo de la idea que admiraba a Pascal, siempre nuestra miseria está en el origen de nuestra grandeza. ¡Miseria fecunda, misterio de este primer instante de conciencia! ¡*Felix culpa!* ¿Puede la atracción del Amor divino seducirnos todavía? ¿Nos arriesgamos - puesto que somos malos- a no ver más que una orden tiránica y a rebelarnos? Aquí interviene, entonces, la conciencia de pecado, que nos hace inclinar la frente. Y se da el primer paso en el camino de la aceptación, que será el de nuestra liberación. *Jam illuminari coepisti, quia inest confessio* (13).

Entonces el mismo hecho, que era ocasión de rebeldía - "yo nunca pedí nacer" -, será motivo de acción de gracias para siempre: "Nosotros no hemos buscado a Dios, es El quien nos ha buscado a nosotros" (14).

NOTAS

1) Cada genio moral es, con respecto al conjunto de los hombres, en cierto modo lo que cada hora de nueva "luz moral", en la vida del individuo. Después de la cual, uno vive de acuerdo al ideal percibido. Al respecto, ver las bellas páginas de F Rauh sobre "la inspiración moral", anunciadoras de aquellas que Bergson habría de consagrar al "llamado del héroe".

2) Encontrándose la humanidad constituida por este impulso que la eleva por encima de la naturaleza, como una poderosa ola de fondo que mantuviera continuamente la marea alta, la fórmula kantiana: "ama y respeta en ti a la humanidad" debería traducirse por esta otra: "eleva en ti la humanidad", es decir, imita a Dios; y, podríamos agregar, con la audacia que nos permite la revelación: conviértete en Dios amando a Dios. Un sólo mandamiento. *Prius intenditur deiformis quam homo.*

3) En consecuencia, asegura así el reino de una libertad superior- tanto más cuanto los preceptos positivos aparecerán cada vez más como medios. En el límite, en el estado de libertad perfecta que engendra la perfecta obediencia, la obligación desaparece, no siendo más que la exigencia liberadora que lleva a este estado de libertad. *Non obligatio, sed delectatio*, decía San Agustín (In Ioannem tract.26) "La libertad está contenida en el amor" (Claudel, *L'esprit et l'eau*)

Ver también el bello texto de *Contra Faustum*, 1.22, c.27: "*Sancti ad sublimes angeli habent contemplationem et actionem suam: id enim sibi agendum imperant, quod ille contemplandum jubet, cujus aeterno imperio liberaliter quia suaviter serviunt*". Por el contrario, el alma que no ama a Dios, que no le obedece -esclava: obligata amore terreno (Enarratio in psalm, 121, n.1); *obligata vitiis* (Gregorio, Moral in Job, 1,1).

Cf. San Cirilo de Jerusalem, Catechèse 15, c.30 (P.G. 33,931) sobre la sumisión del Hijo al Padre al fin de los tiempos.

4) "Sin saber a quien amar, tu amas", Santa Teresa, Poésies, 3.- "*Summae Bonitatis triplex est effusio: scilicet per generationem, per spirationem, et per creationem*" *Compendium theologiae veritatis Bonaventurae*, 1.2, c.1, etc.

5) "Hay que amar a Dios", se dice rápido. Pero si yo tuviera la desgracia de perder la fe, les diría: ¿Por qué hay que amar a Dios? ¿Basta con ser grande, poderoso, terrible, para ser amado? No, el amor es el que atrae al amor. Si ustedes quieren que yo ame a Dios, muéstrenme entonces cómo me ama él..." Cardenal Deschamps, *La question religieuse* (Oeuvres, t.3, p.109. Hobbes, en su *De Cive* (XV,7), justifica la sumisión del hombre a Dios por el derecho del fuerte sobre el débil; justificación a la inversa de la idea cristiana, que al mismo tiempo autoriza todas las rebeldías.

6) *Contra Gentes*, 1.3, c.1: "*nec est aliquid quod ab ejus regimine excusetur, sicut nec est aliquid quod ab ipso esse non sortiatur*". Se notará también lo que Santo Tomás dice un poco más lejos, sobre el fundamento de la autoridad divina, anunciando el objeto de su libro 3: "*Restat in hoc tertio libro prosequi de perfecta auctoritate sive dignitate ipsius, secundum quod est rerum omnium finis et rector*".

7) Cf. M. Blondel, *L'Action*, t.1,(1936), p.25: "Nosotros estamos embarcados, dice Pascal. Entonces es preciso abordar, cueste lo que cueste. Y para que una solución intervenga, luminosa y buena, no basta con describir las exigencias agobiantes, contra las que se elevaría una íntima protesta; por el contrario, hay que justificar esta misma obligación mostrándola no solamente como justa porque es racional, sino inteligible porque es buena y porque incluso aquellos que la padecen no pueden dejar de ratificarla desde que se les revela la plenitud de su sentido y de su excelencia".

Y L. Lavelle, *Être et Acte, Revue de Métaphysique et de Morale*, 1936, p.190: "El misterio del Ser forma un solo misterio junto con el de nuestro propio ser; y éste no puede ser atravesado más que cuando el pensamiento se vuelve suficientemente lúcido y agudo como para alcanzar nuestro punto de contacto con el Absoluto, es decir ese punto supremo de interés en el que nosotros queremos lo que somos con una voluntad eterna que aclara cada uno de nuestros actos particulares, y al cual estamos dispuestos a hacer, con alegría, todos los sacrificios."

8) Por supuesto, para ser real y fundamental, el problema aquí debatido no deja de tener algo de abstracto. No se plantea en estos términos, repitémoslo, más que ante la conciencia reflexiva. Concretamente, a los ojos de la conciencia espontánea, las disociaciones de elementos y distinciones de momentos que hemos debido introducir para el análisis no tienen lugar. Desde el origen, tanto para la vida moral como para la vida intelectual, todo está dado, no hay nada que deba aún "ser puesto en claro". El problema existe, entonces, pero trae con él su solución, de una manera al menos implícita que, sin satisfacer completamente las curiosidades de la inteligencia, quita al espíritu el derecho a evadirse. Hay en nuestra misma naturaleza, en la fuente misma de querer y de nuestra inteligencia, un "asentimiento al ser" que, de manera oscura pero eficaz, conspira con la ley moral y justifica espontáneamente la obligación.

9) No es que, en este sentido, cada individuo sea el creador de su propio desorden. Pero, si un análisis objetivo no discierne en el individuo que nace a la vida moral más que el doble peso de sus orígenes carnales y de la corrupción social, el punto de vista reflexivo permite alcanzar una realidad más profunda; desde este punto de vista, lo que se dice de la humanidad puede ser dicho de cada uno de sus miembros; y en cada espíritu, por más limitado que sea y por más imperfectamente que haya surgido de la materia, está ya todo el espíritu - y todos los espíritus.

10) Más todavía - y el análisis lo mostrará, quizá, o, al menos, lo sugerirá- hay en nosotros como una connivencia con el mal, una oscura complicidad que nos hace participar de un Mal que nos desborda; tocamos así acá el misterio del pecado original. El pecado original en nosotros, *peccatum originatum*, ¿se explica únicamente por una solidaridad padecida? ¿No saca su fuerza y, si se puede decir, su actualidad de nuestra voluntad profunda de solidarizarnos con Adán pecador, con todos nuestros hermanos pecadores, hasta en su pecado? ¿No sería, en un sentido, el rechazo a apartarnos de nuestra raza para salvarnos nosotros solos? De manera que, este pecado de otros, aunque no sea un acto personal, nosotros lo querríamos, lo haríamos nuestro, aceptaríamos las consecuencias: no nos sería "imputado", sino que, de alguna manera, lo ratificaríamos, espontáneamente desde la primera pulsación de nuestra voluntad. En efecto, en el ser espiritual todo se comunica, ¿es posible separar totalmente, como si fueran dos cosas diferentes, naturaleza y persona, que-

rer necesario y voluntad libre? Un pecado que fuera puramente "de naturaleza", en esta hipótesis de psicología materialista, no merecería el nombre de pecado mas que de una manera vagamente analógica.

En esta perspectiva, no habría salvación posible si, más profundamente todavía no se insertara en nosotros el nombre de Cristo. Pero, este querer de Cristo, no podríamos hacerlo nuestro, no consentiríamos en ratificarlo a no ser que fuera también, y más que el otro, querer de la Humanidad misma. Sería entonces absolutamente importante que en Cristo, mas que en Adán y más que en ella misma, la Humanidad se reencontrara *Christus, in quo habitat, omnis plenitudo humanitatis*.

11) Que no se tome esta proposición, ni la siguientes, en un sentido que recordará el semi-pelagianismo. Diciendo que nosotros nos imponemos a nosotros mismos ese primer deber, no pretendemos que él no sea al mismo tiempo impuesto, principalmente por Dios - está bien claro - y no queremos decir tampoco que pretendemos imponernos de la misma manera todos los otros deberes, cuando llegue su turno. Sino precisamente, esta autonomía necesaria - y compatible con el reconocimiento de la suprema autoridad de Dios - no se encuentra realizada, en el origen de la vida moral más que en algún caso privilegiado, que, en nombre del cual pueda servir a la filosofía moral de "acto primitivo".

12) Sabemos que Hegel - cuya dialéctica traduce en lenguaje abstracto problemas humanos - veía una especie de punto de partida de toda especulación en la conciencia desdichada. Es, más precisamente, en la conciencia culpable, despierta desde antes de la primera falta personal, que conviene ubicar, creemos nosotros, el punto de partida de la vida moral. Sabemos también que la idea-madre de la filosofía religiosa de Kant, idea que "condicionaba todo el desarrollo", era la idea del "mal radical" (cf. Delbos, *La philosophie pratique de Kant*, p.684). El choque de mi conciencia que se percibe pecadora ¿no es acaso también como el reactivo gracias al cual aparece, por contraste, el elemento bueno que, más profundamente se encuentra, y que me liga ala Bondad? Así la inteligencia, naturalmente metafísica, no afirma, sin embargo, el ser más que gracias a un primer momento de oposición, de rechazo.

13) San Agustín, In epist, priman Joannis, tract. I, n° 6. "He llegado algunas veces a pensar que uno no alcanza a conocerse totalmente si no se juzga culpable". Alain, *Histoire de mes pensées* (1936), p. 266.

Precisemos aquí que se trata de un análisis reflexivo más que psicológico. En el plano psicológico se podrá sostener con más razón que la conciencia de pecado no adquiere su agudeza en virtud de una anterior percepción de la santidad divina, como el llamado a la revelación no se manifiesta más que por el efecto de esta misma revelación. "En la medida en que vayas expiando (los pecados), los conocerás".

14) Nicolás Cabasilas (P. 6, 150-504).